



Entrevista con Antonio Lafuente, autor de *Ciencia en común*

En Aciertas, hemos tenido la gran suerte de poder entrevistar a Antonio Lafuente, autor de *Ciencia en común* (Ed. Ned, 2026), un libro que recomendamos leer porque la ciencia es, ante todo, humana y sin ética y sin incluir a la sociedad, no es nada. Además de una persona amable y sabia, Antonio es doctor

en Ciencias Físicas por la Universidad de Granada e investigador científico integrante del Centro de Ciencias Humanas y Sociales (CSIC), en el área de estudios de la ciencia. La entrevista es larga, pero es que merece la pena. Esto es lo que nos respondió:

-¿Cuáles la tesis principal del libro?

Antonio Lafuente: Empecemos por decir algo tan obvio como poco repetido: la ciencia no solo se hace en la academia. Nadie discute la contribución que se ha hecho en los laboratorios industriales, pero es desconocida la aportación que nace de la ciudadanía organizada. Para no extenderme voy a simplificar la respuesta evocando los muchos modos de activismo científico que han proliferado desde el siglo XX.

Empiezo por los tres más conocidos: el nuclear, el ecologista y el de los afectados por el SIDA. Pero hay muchos más porque ya no queda enfermedad, semilla, río o minoría que no cuente con una organización que la defienda del olvido, el abuso o abandono, y para la que se reclamen cuidados como parte de un patrimonio heredado. Todas estas movilizaciones tienen en común la voluntad de promover preguntas diferentes a las que se hace la academia y de encontrar respuestas que cuestionan el canon oficial.

El libro no discute la contribución gigantesca que la ciencia ha hecho al cambio social, sino que anima a considerar lo mucho que la ciencia debe a la ciudadanía.

-¿Qué te llevó a escribirlo?

Antonio Lafuente: Como historiador de la ciencia inicié mi carrera investigadora estudiando el desarrollo de la ciencia en las colonias españolas en América. Pude comprobar que no fue un proceso de transferencia simple de conocimiento. Por razones que no explicaré ahora, era muy evidente que los científicos criollos no se sintieron escuchados cuando promovían diferentes modos de entender el territorio, la naturaleza o la enfermedad. Cuando se atrevieron a plantear dudas o poner resistencia a los conocimientos que les llegaban de Europa, fueron acusados de atrasados, provincianos o subversivos. Con frecuencia el tiempo les daría la razón, parcial o totalmente, pero entre tanto se quedaron sin nombramientos y socialmente marginados.

El activismo entonces no solo era político, sino también epistémico: estaba motivado por una diferente manera de ver las cosas y una voluntad expresa de imaginar un mundo diferente. Esto me llevó a estudiar otros modos de producir, validar y difundir el conocimiento capaces de sortear los obstáculos que imponían los científicos metropolitanos. Y como unas cosas llevan a las otras, poco a poco fui encontrando a numerosos actores en otros espacios y en diferentes épocas que también se vieron obligados a imaginar distintos modos de validar su particular forma de mirar y habitar el mundo.

-¿A quién está dirigido tu libro?

Antonio Lafuente: El libro no quiere ser un texto colmado de erudición que espante a los amateurs. Está escrito para que sea de rápida lectura. Algún amigo que leyó una primera versión, todavía provisional, me dijo que parecía un manifiesto. Reconozco que esa calificación no me gustó inicialmente, pero ahora no la rechazo de plano. El libro invita a reconocer la deuda que la ciencia tiene con la ciudadanía y ofrece decenas de ejemplos con los que sustentar esa tesis. Creo que los estudiantes de

ciencias, medicina e ingeniería, junto con sus profesores, aprenderán mucho acerca de esa relación entre ciencia y ciudadanía. Y, por supuesto, quienes se dedican al periodismo científico, la comunicación de la ciencia o la transferencia del conocimiento también encontrarán argumentos que incorporar a su práctica profesional.

-¿Existe la verdad absoluta en ciencia? ¿Cuándo la ciencia comienza a convertirse en creencia?

Antonio Lafuente: Es una pregunta fácil de formular y muy difícil de responder. Un científico no dudaría en su respuesta: la ciencia es convertida en creencia cuando es instrumentalizada por poderes autoritarios y/o corporativos. Un científico jamás defendería la existencia de una verdad absoluta. Sabe que algunas afirmaciones son más probables, están mejor legitimadas o cuentan con mayor consenso. Sabe, sin embargo, que todo es provisional y puede cambiar de modo imprevisible. Esta sería una respuesta canónica que ignora varias décadas de estudios de la ciencia. Quienes se han dedicado a estudiar cómo funciona la ciencia, cómo se valida el conocimiento y por qué cambian los paradigmas científicos no han enseñado varias cosas.

La primera es que la historia de la ciencia es una sucesión de funerales, porque las ideas malas son reemplazadas por las buenas cuando mueren quienes la detentaban, pues eso de la ciencia también tiene mucho que ver con los asuntos del poder, del dinero y de la fama. La segunda es que las malas ideas se propagan por los mismos circuitos que las buenas y eso tiene consecuencias porque pueden entrelazarse, hibridarse o remezclarse para hacerse casi indistinguibles.

Y la tercera es que los científicos son humanos y, como el resto de los mortales, también están expuestos a ideologías, creencias o prejuicios. Tienen intereses, motivaciones o convicciones que de una u otra forma llegan a la probeta, el algoritmo o al dato. Los datos, los protocolos y las herramientas se producen como las manzanas, los balones o las colonias. Hay controles de calidad, nada se deja al azar, todo se desea controlado, pero es fruto de decisiones contingentes, oportunistas y sesgadas. No son arbitrarias, caprichosas o desvariadas, pero tampoco absolutas, únicas y definitivas. Son humanas.

Ningún científico, ni tampoco ningún filósofo o artista, cree en las verdades absolutas. Quien traspase esa frontera se adentra en el terreno de los autoritarismos de todos los colores.

-¿Qué ocurre cuando la ciencia se usa como arma política o instrumento de las corporaciones económicas?

Antonio Lafuente: Ni siquiera habría que llamarla ciencia. Usa los mismos conceptos, los mismos instrumentos, se atribuye la misma historia, se adorna con los mismos rituales, pero pierde lo más esencial: la condición de bien común. Se convierte en un espacio dominado por los usos abusivos de la propiedad intelectual al servicio de las grandes corporaciones. Llega un momento en que los expertos ya no sabemos si trabajan al servicio del bien común de las corporaciones industriales. Dejan de ser la solución para lo que nos preocupa y se convierten en una parte del problema. Eso que llamamos políticas basadas en evidencias se pone en cuestión y la propia idea de democracia está amenazada.

-¿Cuáles el papel del periodista científico como investigador que une puentes entre la realidad científica y la sociedad?

Antonio Lafuente: La ciencia está por todas partes. Nuestra vida pública y privada, nuestras actividades profesionales e íntimas están trufadas por un sinfín de decisiones tecnocientíficas. Todo lo que comemos, bebemos o respiramos está condicionado por decisiones basadas evidencias acerca de lo que es sano. Lo mismo ocurre con los tintes que colorean la ropa, las ingredientes que hay en la cosmética o las sustancias químicas que garantizan las cosechas. Nuestro mundo necesita menos propagandistas acerca de las bondades de la ciencia y más críticos de su impacto sobre nuestras vidas. Y en fin, igual que hay una crítica del teatro y del arte, también necesitamos personas que no actúen como hinchas, beatos o esbirros. No digo que la divulgación deba desaparecer. En absoluto. Tampoco creo que sobren los intentos de transferir el conocimiento desde a academia a la sociedad. Pero en mi libro se aboga por la coproducción antes que por la transferencia, y por la crítica antes que por la divulgación. No son iniciativas incompatibles. No las presento como alternativas,pero es necesario entender la diferencia y atender ese otro modo de entender las cosas.

-¿Cuáles el papel de la ciencia ciudadana?

Antonio Lafuente: La ciencia ciudadana es el nombre que ahora damos a la voluntad de potenciar las relaciones entre la academia y la urbe. La preocupación no es nueva. Llevamos varias décadas tratando de evitar que la ciudadanía se aleje de la ciencia y no paramos de hacer cosas para atraerla. Hace décadas se luchó por incrementar los contenidos científicos en la prensa, la tele y la radio. Aparecieron los museos de ciencia, los planetarios, los programas de extensión universitaria, las iniciativas de investigación-acción, las conferencias de consenso, los science shops, los paneles ciudadanos, las noches blancas, las semanas de la ciencia, los living labs y los laboratorios ciudadanos.

Ahora le llegó el turno a la ciencia ciudadana. Son modas, pero también tendencia. Los viejos y los nuevos negacionismos, la desafección dela gente respecto de las élites, la desconfianza hacia los expertos,la indefensión respecto a los bulos, los charlatanes y las pócimas milagrosas, son fenómenos que no dejan de crecer. No será fácil combatir esta hidra de mil cabezas. Lo peor, sin duda, es quedarse quietos.

La ciencia ciudadana está entre las iniciativas más audaces,necesarias y expectorantes. Tratar de involucrar a la ciudadanía en la resolución de los problemas es una propuesta tan brillante como prometedora. Pero no podemos ser ingenuos. Sabemos ya lo suficiente como para desconfiar de muchos procesos de participación que solo sirvieron para legitimar lo que ya se había decidido hacer. La participación no puede ser un teatrillo al servicio de los que mandan que se aprovecha de la credulidad de la gente. La ciencia ciudadana convierte el material más abundante en el planeta tierra,la experiencia humana, en un recurso aprovechable para abordar problemas como el desplome de la biodiversidad, el sufrimiento mental, la crisis climática, las enfermedades crónicas o los distintos modos de dependencia.

La ciencia ciudadana no surge como una alternativa a la ciencia académica, sino como expresión de un nuevo pacto social por la ciencia. En el anterior, se daba a los científicos dinero y recursos a cambio de producir evidencias. En el nuevo, tal compromiso ya no es suficiente, pues también se reclama mayor cercanía y complicidad con la ciudadanía. No más transferencia de saberes, no más museos ni ciclos de conferencias, sino más capacidad de escucha, más deseo de desaprender, más voluntad de dejarse afectar o, dicho con otras palabras, más empeño en coproducir el mundo que queremos habitar.

Ciencia en común. Antonio Lafuente. Editorial Ned, 2026.
